

# PEÓN Y CONTRERAS

ANDRES HENESTROSA

**E**NTRE los ensayos de Francisco J. Gómez Flores, destaca la *Noticia de la vida y obra de José Peón y Contreras*, que es, después de los entusiasmados artículos de José Martí sobre el escritor, novelista, poeta y dramaturgo yucateco, el más ambicioso intento de situarlo en el marco de la literatura dramática mexicana, y del que vamos a hacer un resumen en ocasión de cumplirse ahora el cincuentenario de su muerte. El ensayo está recogido en el libro *Bocetos Literarios* (1891), de la página 173 en adelante; allí mismo se encuentra el prefacio a *Los Romances Dramáticos*, que en cierta manera complementa el ensayo aludido. Amigo de Peón y Contreras, testigo de sus éxitos en la escena, lector suyo constante y apasionado, encontró hacendera y fácil su biografía. No era aquel intento hijo exclusivo de la amistad, sino resultado de la clara comprensión de los valores del autor yucateco. La biografía era, pues, oportuna. "Y la merece —escribía Gómez Flores—, de fijo; ya que, sobre dar brillo a la literatura nacional, fué aclamado por todos los escritores de México, a causa del éxito fabuloso de su popular drama *La hija del rey*, restaurador del teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza". Tras de la afirmación transcrita, Gómez Flores proporciona las noticias biográficas del autor, de las que no vamos a ocuparnos para sólo atender a sus opiniones en torno a la obra de Peón y Contreras en sus diversos aspectos de poeta y autor dramático. A muy temprana edad —antes de los veinte—, publicó su primer ensayo poético, *A la luna*, "perla engastada en el azul del cielo". Y a contar de ese día, "el aura de la gloria principió a acariciar su frente". Para situarlo como poeta lírico, Gómez Flores recuerda los nombres del "tierno y sentido Rioja, el cisne sevillano, y más aún al dulcísimo Garcilaso de la Vega, cantor brillante de la naturaleza"; la cual también tenía en Peón y Contreras un apasionado trovador. "Acaso por ello es tan fresca, tan lozana y tan profunda su inspiración", agregaba. Quizá extremara, pero hay algo en la poesía de Peón que autoriza ese extremo, si es que así se le pudiera considerar. No vaya a creerse, sin embargo, que juzga perfecta la totalidad de la obra que estudia; a su tiempo, señala sus fallas y deficiencias. Reconoce, por ejemplo, que *La cruz del paredón*, obra primeriza de Peón y Contreras, "adolece de poco esmero en la forma, consecuencia de la juventud del autor y de los modelos que tuvo a la vista", aunque por otro lado muestra "riqueza de inspiración y lujo y bizarría de ingenio". El apego y la devoción que siempre profesaron los yucatecos a su dorada península, y a la que no era extraño Peón y Contreras, quedan señalados y explicados por Gómez Flores con citas abundantes y oportunas.

Quizá influido por Prieto y por las prédicas de Altamirano, aparte de su primer maestro José Zorrilla, Peón escribió una serie de romances históricos, con los cuales pretendía dar fisonomía nacional a nuestras letras. Para su factura, tomó asuntos de la grandiosa y dramática epopeya mexicana, que bordaron en la portada de nuestra historia los primitivos habitantes de Anáhuac. "La mayor importancia de los *Romances históricos mexicanos* —escribió— estriba, sin duda, aparte sus inestimables cualidades literarias, en su hermoso y pronunciado carácter nacional". Es verdad que ya otros autores lo habían intentado —Roa Bárcenas, Pesado, Acuña, Prieto, Gómez Vergara, Riva Palacio—; pero fue Peón "el primer que ha acometido la empresa en forma, sin olvidar que ninguno lo ha hecho con el brío, la robustez de inspiración y la viveza y fidelidad de los episodios históricos que nuestro insigne yucateco". Peón vino a colocar así algunas sólidas piedras en los cimientos de nuestra literatura castiza y propia. Reconoce, no obstante, que se resienten de tibieza de inspiración y de monotonía de cadencia sus odas elegiacas, no obstante rebosar ternura y sentimiento verdadero y hondo. Empero, casi siempre, es delicado y profundo el pensamiento que las anima. Por lo que toca a los *Romances Dramáticos*, son "de lo más lindo y primoroso que imaginarse puede. En ellos, bajo una narración llena de novedad y colorido, pocas veces interrumpida por breves y animados diálogos, describe y dibuja palpantes cuadros dramáticos, o más bien hecho, escenas finales de dramas que se han venido desarrollando con

anterioridad". Todo es allí de pura invención: nada está tomado de la leyenda ni de la historia; todo original, todo interesante, todo encantador y hermosísimo.

Muy joven, al rayar el alba de su adolescencia, principió Peón y Contreras a cultivar la poesía dramática. Su primera obra, *La cruz del paredón*, basada en una antigua tradición yucateca, fue escrita a los diecisiete años bajo la influencia de los dos poetas españoles más en boga a la sazón: Zorrilla y Espronceda; pero su primer éxito y aplausos los obtuvo con *María la Loca*, a la que siguieron *El Castigo de Dios* y *El Conde de Santi-Esteban*, esta última también basada en una antigua tradición de Yucatán. Apenas concluida su carrera de médico, vino a esta ciudad de México, como siempre imán de las inteligencias de provincia. Aquí, escribió *Un odio de la niñez*, con miras a que fuera representada por la compañía dramática española de José Valero, quien la devolvió tal vez sin haberla leído. Colgó la áurea pluma dramática. Pero un acontecimiento insólito, descomunal y raro en nuestro medio, de fines del año de 1875, como era el de la protección que el Gobierno hizo a la literatura escénica mexicana, lo volvió al teatro, que fue siempre su más constante vocación. Por entonces, llevó a la escena muchas de sus obras, siempre con el aplauso unánime del público. A las obras de ese tiempo, se ha referido José Martí con exaltado entusiasmo. Diez obras dio entonces a la escena, cuyos títulos consigna Gómez Flores en el ensayo que estamos reseñando y al que remitimos al curioso lector. Mucho habría que decir acerca de Peón y Contreras considerado como autor dramático, pero el autor se conforma con consignar sólo algunas reflexiones al respecto. Señala desde luego la más completa y exuberante espontaneidad que lo caracteriza. "Es su estructura —dice— hartamente ingeniosa y peregrina, y abundante en peripecias y situaciones sorprendentes; sus personajes, bien sostenidos por lo regular, están perfectamente caracterizados, y respiran vida, libre albedrío y entereza; la acción, siempre rebosando originalidad e interés, está siempre también conducida con verosimilitud y bizarría, si bien algo obstruida en ocasiones por episodios o incidentes secundarios que de por sí tienen la suficiente potencia para constituir acción separada". Tan rica y opulenta es la virtud creadora de Peón, de tal suerte engalana sus dramas con detalles y recursos de segunda fila, que no es raro el caso de que desarrolle paralelamente dos fábulas, enlazadas por vínculos de intimidad poética y fundidas en un solo y hermoso cuerpo. En cuanto a la forma literaria, obedece a las inspiraciones del buen sentido, y sin amoldarse al férreo rigorismo de la escuela clásica, tampoco abusa de las licencias concedidas por la sana razón a un poeta romántico. Su estilo, lleno de claridad, elegancia y sencillez, se ajusta y compadece con todos los asuntos dramáticos, ascendiendo al tono robusto y épico en *Un amor de Hernán Cortés* y descendiendo a la dulce ternura del idilio en *Impulso del corazón*. Su diálogo es airoso, flexible y animado. "Nadie —agrega— ha versificado ni versifica así en México, ni poeta alguno entre los nuestros tuvo ni tiene la encumbrada inspiración, y tan espléndida, flexible, esmerada y elegante manera de decir". No eran menos dignas de elogio su fecundidad, su maravillosa fuerza creadora. Asombrosa es sin duda esa fecundidad, a tal extremo que "no hay ejemplo de otra que se le parezca en nuestros anales literarios". Por su concepción abundosa, por la interferencia de temas, así como por su facundia, Gómez Flores bien pudo compararlo con Lope, a quien menciona por otros capítulos. Si se estableciera un paralelo entre dramaturgos españoles del siglo XVI y los poetas mexicanos del XIX, encuentra Gómez Flores que Rodríguez Galván representa a Lope de Rueda y Peón y Contreras a Lope de Vega, por ser todos fundadores de la literatura dramática de sus pueblos y de su siglo. Después de Fernando Calderón y de Rodríguez Galván, ya citado, hasta que no aparece Peón y Contreras, el teatro mexicano sólo había dado efímeras y fugitivas señales de su existencia.

Al cumplirse en el mes de febrero de este año el cincuentenario de la muerte de Peón y Contreras, hemos querido desenterrar un poco el nombre de Francisco J. Gómez Flores, tan injustamente desdeñado hasta por aquellos que se aprovechan de sus noticias.



GARCILASO, a quien asemejó Peón y Contreras.



PEÓN Y CONTRERAS cimentó nuestra literatura.